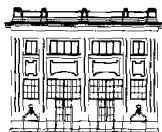



Maestro Eckhart

El fruto de la nada
y otros escritos

Edición y traducción de
Amador Vega Esquerro



Ediciones Siruela



La imagen desnuda de Dios

Blibet in mir [Jn 15, 4]

5 Esto dijo Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio: «Permaneced en mí» [Jn 15, 4] y otra palabra en el Evangelio dice: «Bendito sea el hombre que habita en la sabiduría» [Eclo 14, 22]. Y ambas palabras coinciden: la palabra de Cristo «Permaneced en mí» y la palabra de la Epístola «Bendito sea el hombre que habita en la sabiduría».

10 Ahora presta atención a lo que el hombre debe tener si quiere vivir en él, es decir, en Dios. Debe poseer tres cosas. Lo primero es que se haya negado a sí mismo y de todas las cosas y que no dependa de nada que los sentidos toquen interiormente, es más, que no permanezca en ninguna de las criaturas que se hallan en el tiempo o en la eternidad. Lo segundo es que no ame este bien o el otro, sino aquel del que fluye todo bien; porque nada es más gozoso o apetecible que en donde está Dios. Por eso no debe amarse ningún bien sino en la medida en que en él se ame a Dios; y así, no se debe amar a Dios a causa de su reino de los cielos o de cualquier otro deseo, más bien hay que amarlo a causa de la bondad que es en sí mismo. Pues quien lo ama a causa de cualquier otra cosa, éste no vive en él, sino en aquello a causa de lo cual lo ama. Por eso, si queréis permanecer en él no lo améis por otra cosa sino por sí mismo. Lo tercero es que [el hombre] no debe aceptarlo en la substancia pura y limpia en la que él se comprende a sí mismo en su pureza. Pues la bondad y la justicia son un vestido de Dios que lo ocultan. Por eso, aparta de Dios todo cuanto lo reviste y tómallo puro en el vestidor en donde está descubierto y desnudo en sí mismo. Entonces permaneceréis en él.

15

20

25

30

35 Quien así permanece en él posee cinco cosas. La primera es que entre él y Dios no hay diferencia, sino que son uno. Son tantos los ángeles –sin número–, que no constituyen un número único, porque son sin número, lo cual proviene de su ingenuidad. Las tres personas en Dios, que son tres sin número, son, sin embargo, una multiplicidad. Entre aquel hombre y Dios, sin embargo, no sólo no hay diferencia, sino que allí
40 no hay cantidad, no hay más que uno. Lo segundo es que él [el hombre que ama a Dios] toma su bienaventuranza de la pureza en donde Dios mismo la toma y en donde halla su sostén. Lo tercero es que tiene un saber con el saber de Dios y tiene una acción con la acción de Dios y un conocer con el conocer de Dios. Lo cuarto es que Dios nace siempre en el hombre. Pero ¿cómo nace Dios siempre en el hombre? Atiende a esto: cuando el hombre descubre y desnuda la luz divina, que Dios ha creado en él de forma natural, entonces se revela en él la imagen de Dios. Por el nacimiento se conoce la revelación de Dios, pues que el Hijo se diga nacido del Padre viene del hecho de que el Padre le ha revelado paternalmente su misterio. Y por eso, cuanto más y en forma más clara el hombre descubre en sí mismo la imagen de Dios, tanto más claramente nace Dios en él. Hay que concebir así el nacimiento constante de Dios; que el Padre desnuda y descubre la imagen y brilla en ella. Lo quinto es que aquel hombre nace siempre en Dios. Pero ¿cómo llega a nacer, de nuevo, el hombre siempre en Dios? Atiende a esto: por el desocultamiento de la imagen en el hombre, se asemeja el hombre a Dios, pues por la imagen se asemeja el hombre a la imagen de Dios, la cual es Dios según la pureza de su esencia. Y cuanto más el hombre se desnuda, tanto más se asemeja a Dios, y cuanto más se asemeja a Dios, tanto más se hace uno con él. Y así hay que entender el nacimiento constante del hombre en Dios; el hombre brilla con su imagen en la imagen de Dios, aquella imagen que Dios es según la pureza de su esencia, y con la que el hombre es uno. Y la unidad del hombre y de Dios se entiende por la semejanza de las imágenes; porque el hombre se asemeja a Dios por la imagen. Y por eso, cuando se dice que el

70 hombre es uno con Dios y según esa unidad es Dios, se le comprende según la parte de la imagen por la que se asemeja a Dios, y no por el hecho de que ha sido creado. Pues, en tanto que Dios, no se lo toma según la creaturalidad; ni se niega la creaturalidad, de manera que [la negación] sea de los sentidos, con lo que la creaturalidad se anularía; más bien debe ser tomada como el rechazo de Dios a ser comprendido en ella. Pues Cristo, que es Dios y hombre, en atención a la humanidad, no se considera la divinidad, lo cual no significa negársela, sino tan sólo su comprensión como tal. Y así hay que entender la palabra de Agustín cuando dice: «lo que el hombre ama, eso es el hombre». Si ama una piedra es una piedra, si ama a un hombre es un hombre, si ama a Dios –no hace falta que continúe hablando, pues ya dije que entonces él sería Dios y así me podríais lapidar–. Pero yo os remito a las Escrituras. De ahí que si el hombre se une a Dios por amor es desnudado de las imágenes y formado y transformado en la uniformidad divina, en la que él es uno con Dios. Todo eso posee el hombre cuando permanece en sí mismo. Ahora atiende al fruto que el hombre lleva dentro. Consiste en que, cuando es uno con Dios, engendra a todas las criaturas con Dios y, en la medida en que es uno con Dios, aporta a todas las criaturas bondad.

La otra palabra, la de la Epístola, dice así: «Bendito el hombre que habita en la sabiduría». Él dijo «en la sabiduría»: sabiduría es nombre de madre, porque nombre de madre significa la propiedad del padecer; pues en Dios se hallan unidos el obrar y el padecer; el Padre mismo es agente y el Hijo es paciente; la cual cosa proviene de la propiedad del haber nacido. Por eso, ya que el Hijo es la sabiduría que nace eternamente y en la que todas las cosas están contenidas en forma diferente, él dice: «Dichoso es el hombre que, allí, habita en la sabiduría».

Entonces dijo él: «Bendito es el hombre». He dicho a menudo que hay dos facultades en el alma: una es el hombre y otra es la mujer. Entonces dijo él: «Bendito es el hombre». La facultad en el alma cuyo nombre es hombre es la facultad su-

110 perior, en la que Dios brilla al descubierto; en esa facultad no
entra nada sino Dios y dicha facultad se halla siempre en Dios.
Y por eso, si el hombre tuviera que tomar todas las cosas de
esa facultad, no las tomaría en cuanto que son cosas, sino en
cuanto cosas que son en Dios. Y por eso debería vivir el hom-
bre siempre en esa facultad, pues todas las cosas se hallan por
115 igual en esa facultad. Si el hombre habitara por igual en todas
las cosas y las tomara en la medida en que son iguales en Dios,
y si ese hombre poseyera allí todas las cosas, tomaría de ellas
lo más grosero y las tomaría así, llenas de deseo y agradables.
Según esa forma las posee todas allí, pues Dios no puede se-
gún su propia naturaleza hacer otra cosa que darte todo lo que
120 ha creado y a sí mismo. Y por eso es dichoso el hombre que ha-
bita siempre en esa facultad, pues él mora siempre en Dios.

Que Nuestro amado Señor Jesucristo nos ayude, para que
podamos morar en todo momento en Dios. Amén.

La imagen de la deidad impresa en el alma

Eratis enim aliquando tenebrae [Ef 5, 8]

5 San Pablo dice: «Porque erais un tiempo tinieblas; mas
ahora luz en Dios» [Ef 5, 8].

Los profetas que caminaban en la luz conocieron y encon-
traron la verdad oculta bajo la inspiración del Espíritu Santo.
Por eso a veces fueron movidos a volcarse hacia fuera y a ha-
blar de las cosas que conocieron para nuestra bienaventuran-
za, de modo que nos enseñaran a conocer a Dios. Y otras ve-
ces les sucedió que enmudecieron, de manera que no podían
hablar, y de ello fueron culpables tres cosas.

10 En primer lugar, el bien que conocieron y vieron en Dios
fue tan grande y estaba tan oculto que no se podía reflejar en
15 su entendimiento, pues todo lo que se podía reflejar en él era
tan desigual a lo que ellos veían en Dios y tan falso frente a la
verdad que callaron y no quisieron mentir. En segundo lugar,
todo lo que vieron en Dios fue tan grande y tan noble que no
obtuvieron ni imagen ni forma para hablar de ello. La tercera
20 causa por la que enmudecieron es que miraron en la verdad
oculta y encontraron en Dios el secreto inefable. Otras veces
sucedió que pudieron volcarse hacia fuera y hablar, pero a
causa de la semejanza con la verdad cayeron en la burda ma-
teria y quisieron enseñarnos a conocer a Dios con las cosas ba-
25 jas de la criatura.

Ahora bien, Pablo dice: «Porque erais un tiempo tinieblas;
mas ahora sois luz en Dios». *Aliquando*, para quien pueda ave-
riguar en profundidad esta palabra, quiere decir lo mismo que
«un tiempo» y significa el tiempo que nos impide la luz, pues
30 nada es tan contrario a Dios como el tiempo; no sólo el tiem-
po, significa también un simple apego al tiempo; no significa
sólo un apego al tiempo, también quiere decir un roce del

tiempo; [pero] no sólo un roce del tiempo, sino también un
aroma y una fragancia a tiempo, como el perfume, que per-
manece allí en donde se había colocado una manzana; debes
entender así el roce del tiempo. Nuestros mejores maestros di-
cen que el cielo material y el sol, así como las estrellas, tienen
tan poco que ver con el tiempo que únicamente lo rozan.
Aquí quiero decir, sobre todo, que el alma ha sido creada le-
jos, por encima del cielo, y que en su altura y pureza no tie-
ne nada que ver con el tiempo. A menudo he hablado de la
acción en Dios y del nacimiento, en el que el Padre engendra
a su Hijo unigénito y de cuya efusión florece el Espíritu [San-
to], de manera que el Espíritu [fluye] de ambos y en ese fluir
surge el alma fluyendo; y la imagen de la deidad está impresa
en el alma, y en ese fluir y refluir de las tres personas el alma
es reconducida y de nuevo es [in-]formada en su primera ima-
gen sin imagen.

Esto es lo que piensa Pablo cuando dice: «pero ahora una
luz en Dios». No dice «sois una luz», sino «pero ahora una luz»;
justo lo que he dicho a menudo: quien quiera conocer las co-
sas debe conocerlas en sus causas. Lo dicen los maestros: las
cosas están apegadas a su nacimiento, porque allí están correc-
tamente situadas en el ser de la forma más pura. Pues donde el
Padre engendra al Hijo, allí hay un ahora presente. En el naci-
miento eterno, en el que el Padre engendra a su Hijo, el alma
ha fluido en su ser y la imagen de la deidad queda impresa en
el alma.

Se discutía en la Escuela, y algunos maestros decían, que
Dios ha impreso la imagen en el alma de tal forma como quien
pinta una imagen en la pared y desaparece. Estos maestros fue-
ron refutados; otros se expresaron mejor y dijeron que Dios ha
impreso en el alma la imagen permanente, como un pensa-
miento que permanece en ella, como por ejemplo: hoy deseo
algo [concreto] y mañana tengo el mismo pensamiento y re-
tengo la imagen gracias a mi intervención permanente, y de-
cían que las obras de Dios son perfectas. Si el carpintero fuera
perfecto en sus obras, no necesitaría de la materia; tan pronto
como pensara en ella, la casa estaría terminada. Lo mismo su-

cede con las obras en Dios: tan pronto como las piensa son
concluidas en un ahora presente. Entonces llegó el quinto
maestro y fue quien se expresó mejor y dijo: no hay devenir en
Dios, sino sólo un ahora, un devenir sin devenir, un ser de
nuevo, sin renovación, y ese devenir es su ser. En Dios hay tal
sutileza que no puede darse renovación alguna. También en el
alma hay una tal sutileza, tan pura y dulce que no puede darse
ningún cambio, pues todo lo que es en Dios es un ahora pre-
sente y sin novedad. He querido hablar de cuatro cosas: de la
sutileza de Dios y de la sutileza del alma; de la acción en Dios
y de la acción en el alma, pero me quedaré aquí.

64, 116-117: «intimidad con Dios» (*inniheit... von gotē*).

64, 122-123: «ha aniquilado las cosas creadas» (*geschaffeniu dinc vernihet hat*).

64, 124: «formado y reformado» (*gebildet und widerbildet*).

64, 129: «ser el Hijo mismo» (*der sun selber sîn*). El conocimiento de Dios se lleva a cabo sólo a través de la filiación del hombre.

64, 136-138: Todo lo que no es en sí mismo mantiene la diferencia que es obstáculo para el conocimiento de lo idéntico; mientras que la mediación, que no es en sí misma, sino para otro, anula las diferencias.

65, 144-ss.: cf. san Agustín, *De trinitate* XII, 7.

65, 151: cf. Avicena, *De anima* I c. 5 y IV c. 2.

65, 162-163: «atravesar y superar todas las virtudes» (*alle tugende durchgân und übergân*).

La imagen desnuda de Dios

Blîbet in mir (...Ez sprîchet unser herre jêsus Kristus in dem êwangelîô: «blîbet in mir»: Quint II (Pr. 40), 272-281; Largier I, 428-434; Brugger 589-594; Ancelet II, 62-65.

Las citas bíblicas -Jn 15, 4 y Eclo 14, 22- corresponden, según el viejo misal dominico, a la Epístola para la festividad de los Mártires (28 de abril).

Al igual que el anterior, en este sermón Eckhart vuelve sobre la teología de la imagen tomando ahora, en el centro de la reflexión, el nacimiento de Dios en el alma como un desvelamiento y un desnudamiento (*Entbildung*) de la imagen interior. El proceso de desocultamiento de la imagen tiene, con todo, dos aspectos, dado que el hombre debe desnudarse de toda imagen creada para hallar la imagen desnuda de Dios; ver Wackernagel 1991.

67, 12: «negado a sí mismo» (*verlougent sîn selbes*).

67, 15: La segunda condición para permanecer en Dios es no estar sujeto a ninguna intención concreta o modo.

67, 25: La tercera condición es no estar sujeto a ninguna imagen concreta de Dios que lo viste (*kleit gotes*) u oculta (*bekleidet*); hay que tomarlo desnudo (*blôz*) en el vestidor (*kleithûse*) donde se halla descubierto y desnudo (*entdecket und blôz*), tal como es en sí mismo (*in im ist*).

68, 34: «no hay diferencia... son uno» (*kein underscheit... sie sint ein*).

68, 37-38: «tres sin número» (*drie âne zal*). El número es la propiedad exterior, la manifestación de la Trinidad y la diferencia, en la medida en que hay *activitas ad extra*; en la permanencia del hombre en Dios no hay diferencia, tan sólo unidad; «sin número» (*âne zal*); «número único» (*sûnder-zal*).

68, 44: «acción» (*wûrken*).

68, 46-56: «nace... brilla» (*gebort wirt... liuhtende ist*). El nacimiento de Dios en el alma del hombre se expresa aquí en los términos del desnudamiento de Dios; el nacimiento tiene lugar en forma natural cuando el hombre desoculta la imagen de Dios impresa en el alma. El nacimiento de Dios es paralelo al desocultamiento de la imagen, de ahí que el conocimiento de Dios pueda expresarse a partir de un proceso de despojamiento de la imagen ya existente en el fondo del alma. La revelación de Dios (*offenbârungē gotes*) en la naturaleza coincide con un desvelamiento interior; así, en la medida en que el hombre

lleva a cabo ese proceso de descreación, tanto más se crea y nace Dios en él; cf. 134, 331. La creación sólo es asumible y comprensible a partir de la revelación interior, en donde paradójicamente el tiempo, el instante de la creación, y por tanto la revelación primera y única del mundo, es uno con el nacimiento místico de Dios y del hombre nuevo que se hace «cocreador».

68, 58-59: «desocultamiento de la imagen en el hombre» (*entbloezunge des bildes in dem menschen*).

68, 68: « semejanza de las imágenes » (*glicheit des bildes*). La imagen, en su ser *de y para* otro, es esencial en la relación del alma con Dios (*wan der mensche ist gote glích nâch dem bilde*).

68, 69-ss.: Por lo que toca a la divinidad del hombre, la semejanza es respecto a la naturaleza increada que habita en él.

69, 78: «divinidad» (*gotheit*). Se refiere aquí el Maestro a la naturaleza divina de Cristo que coexiste con la humana (no a la *deitas*-deidad), como en otros lugares, la comprensión sólo es parcial desde la perspectiva del conocimiento humano de Dios, mientras que desde la perspectiva divina no hay ningún obstáculo para considerar ambas naturalezas a un tiempo.

69, 80: San Agustín, *In epistulam Iohannis ad Parthos* c. 2 n. 14.

69, 82-84: Eckhart evita decir de forma explícita que el hombre es igual a Dios y por ello remite a la autoridad de las Escrituras.

69, 85-86: «desnudado... y transformado» (*entbildet und ingebildet und überbildet*). El desnudamiento se refiere aquí no a la imagen de Dios, sino a las imágenes de las cosas creadas que ocultan aquella.

69, 89-92: El mayor fruto que puede llevar en su interior el hombre es la facultad de participar en la creación con Dios, puesto que él mismo es uno con Dios.

69, 94-95: «sabiduría es nombre de madre» (*wisheit ist ein müeterlich name*). Sobre la naturaleza maternal de Cristo, ver Bynum 1982.

70, 117-119: Dios no puede hacer otra cosa que dar y darse; el sentido de la «necesidad» y obligación de Dios lo expresa *muz*; cf. 125, 25.

La imagen de la deidad impresa en el alma

Eratis enim aliquando tenebrae... (*Sanctus paulus spricht: «etwen[n]e warent ir [e]in finsternisse, aber nu ein liecht in gotte»*): Quint (Pr. 50), 454-460; Largier 1, 532-536; Brugger 670-673; Ancelet II, 128-130.

La cita de Ef 5, 8 está en la Epístola del tercer domingo de Pascua. A partir de la imagen evangélica de la luz del conocimiento, que irrumpe en la ignorancia de la oscuridad, Eckhart presenta cuáles son las causas de la incompreensión de la divinidad y la imposibilidad de su expresión. La comprensión de la verdad revelada sólo tiene lugar en el interior, y la voluntad de expresar esta experiencia supone un roce con las criaturas y con el tiempo, lo cual desvirtúa la verdad. El «ahora presente» —segundo aspecto central de este sermón— se muestra en un lugar donde las tinieblas o el camino de negación alcanzan la luz del nacimiento de Dios, que en su naturaleza mística es expresado por la imagen de la deidad impresa en el alma.

71, 6-12: La hermenéutica eckhartiana, que se erige en la tensión entre lo que puede ser comprendido y aquello que está más allá de toda comprensión, encuentra su figura eminente en los profetas; ellos han sido llamados a conocer la luz de la verdad, atravesando así los límites del conocimiento sensible-inteligible, pero en su voluntad de expresión hacia fuera encontraron el silencio que corresponde a la inefabilidad del lenguaje que quisieron usar.

71, 14-15: «reflejar en su entendimiento» (*erbilden... in irme verstantnisse*). El entendimiento está por debajo del objeto de la revelación profética; la ausencia de lenguaje para expresar la experiencia de lo que está más allá del conocimiento sensible consiste, precisamente, en la falta de adecuación: la novedad de lo conocido por vez primera no halla referencia ni representación intelectual. El conocimiento de la verdad requiere una vía de mediación (sin mediación: el Hijo) que haga posibles las semejanzas, únicas entre quienes se da conocimiento real.

71, 27-ss.: Toda la reflexión a continuación, sobre el tiempo, encuentra su referencia en san Agustín, *Confesiones* XII c. 9 n. 9. La naturaleza noble del alma escapa a la temporalidad y está emparentada con la eternidad del *ewiges nû*; cf. 44, 110-115.

72, 43-46: «efusión, florece, surge, fluir y refluir» (*flusse, entblvget, vs flvsset, entspringet, vs vliessende und wider vliessende*). Formas eckhartianas del emanatismo neoplatónico.

72, 45-46: «la imagen de la deidad está impresa en el alma» (*das bilde der gotheit ist gedrucket in die sele*). En su naturaleza sin número, en su esencialidad oculta que trasciende la estructura trinitaria, es la deidad la que se halla en el fondo del alma, mientras que en el juego especular de las semejanzas todavía nos movíamos en un discurso inter-intrapersonal. El único cometido de la mediación es la desaparición de intermediario, tanto en la deidad como en el alma: en eso reside la *unio mystica* en la que se mantienen las entidades del alma y la deidad.

72, 47-48: «reconducida... de nuevo es [in-]formada en su primera imagen sin imagen» (*wider in gevlossen... wider in gebildet in ir erste bilde svunder bilde*). Este pasaje constituye la descripción eckhartiana del proceso emanatista del alma que sale de Dios, como imagen primordial (*exitus*), y su retorno al lugar de origen (*reditus*), en donde el alma, en tanto que imagen o copia del original, se reintegra en la imagen sin figura *ad extra*. Entretanto el movimiento epistemológico de las facultades del alma (*ad extra*) refleja el movimiento intratrinitario (*ad intra*); no se pierde el aspecto formativo y reformador de la *Bildung*.

72, 52: «en sus causas» (*in irre sache*). Las cosas en tanto que *ratio*, *logos* o ideas.

72, 55: «ahora presente» (*gegenwertig nu*).

73, 73-74: «un ser de nuevo, sin renovación» (*ein nuwe svnder vernvwen*). El ser de nuevo en Dios —defendido por un misterioso quinto maestro— es altamente ambiguo y, en cualquier caso, no puede ser entendido más que desde los extremos a los que Eckhart conduce constantemente el lenguaje: la ausencia de novedad en Dios es nueva en la medida en que es primera y única.

Los pobres de espíritu

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum... (*Diu saelicheit tete âf den*